

La mañana de San Juan

La celebración del solsticio de verano, que repetiré una vez más nos llega identificada con la festividad de San Juan Bautista, la vivimos con exteriorización ubérrima de contenido naturista, en torno al fuego, al agua y al reino vegetal.

Hemos dejado atrás la víspera de San Juan, la noche que nos congrega al calor del sugerente fuego solsticial, pertenecen al pasado las horas de inusual presencia brujesca y actividad hechicera, como la de aquella mujer que ataviada de quincallera y anunciando su mercancía, en la noche de San Juan se acercaba al camino y convertía en piedra a todo el que por allá pasaba.

Ha enmudecido la campana que pregona fiesta. En Tolosa, y con fecha 19 de junio de 1655, se pagaron ocho reales al presbítero Martín de Lizardi, por tañer la campana en los días de San Juan y Santa Agueda, y en 1745 se eximía de esta obligación al sacristán del nuestro templo parroquial de Santa María, siendo suplido en este menester por dos monaguillos. En repique que llevaron a cabo en 1877 con motivo de la fiesta en honor del Santo Precursor consumieron tres azumbres de vino y cuatro libras de pan.

Estamos en la mañana de San Juan, en la mañana más alegre del año, cuando el sol sale bailando detrás del monte Uzturre, como sabe de sus mayores un vecino del barrio de Montezkue.

En el agua contamos con un elemento importante de creación, y en la mañana de San Juan cuenta con cualidades purificadoras que carece en el resto del año

San Agustín nos dice que en la Libia de su tiempo se practicaba el rito de bañarse en el mar el día de San Juan Bautista.

Limitándome a mi trabajo de investigación etnográfica apuntaré que el bañarse en el río en la mañana de San Juan ha sido costumbre vivida en varios de nuestros pueblos. Con frecuencia se mojaban el cuello, la cara y los pies, de esta manera se preservaban de la sarna y otras enfermedades

cutáneas. Y algo parecido podemos decir acerca de algunas fuentes, que en la mañana de esta celebración solsticial cuentan con la propiedad curativa de todo mal.

Comportamiento muy extendido, y que ha sido observado en el pretérito de nuestros barrios rurales, ha sido el de andar descalzos en el rocío de un hierbal, en la mañana de San Juan. Esto se ha hecho con intención de conservar la salud, o con el deseo de olvidarse de la dolencia que se padece.

En algún caso, que lo conozco, en la mañana de San Juan el enfermo de sarna se trasladaba a un prado, y una vez aquí se desnudaba y revolcaba en el rocío, hasta enfriarse. Esto me recuerda a lo que tengo recogido en el barrio de Auzo-Txikia. Para que desaparezca el cardo silvestre de las heredades, en la mañana de San Juan, muy temprano, había que ir desnudo al campo, arrancar el cardo y trasplantarlo en otro terreno. De esta forma desaparecía totalmente la planta.

Con la mano mojada en el rocío de la mañana de San Juan alcanzamos, dentro del rito solsticial, el mundo vegetal, en renovación cíclica.

El reino vegetal relacionado con el solsticio de verano se halla presente en el campo de la medicina popular y en el predio mitológico.

Costumbre conocida y generalizada es la de colocar en la mañana de San Juan una rama de espino albar y otra de fresno, emparejadas o cruciformes, a ambos lados de la puerta de acceso a casa, en cometido extensivo en el medio rural a las ventanas, a las tranqueras de paso al pastizal y a las piezas de labranza. El espino blanco es bendecido por su misma naturaleza, cualidad que el fresno posee en esta ocasión, y ambos evitan el rayo.

Mentado el espino blanco, ampliaré la referencia en el sentido interesado. En el barrio de Santa Lucía me dijeron que en el caso de que a uno le sorprendiese la tormenta en el campo, había que procurar llevar a la boca un trozo de espino albar y sujetarlo con los dientes. Así se aleja el peligro del rayo.

Con las plantas recogidas en la víspera y mañana de San Juan componían un ramillete que lo llevaban a bendecir. Estas plantas han tenido el más heterogéneo destino. En rito, que se ha conocido en el pasado de algunos de nuestros barrios, al acaecer la muerte de un miembro de la familia se cocían algunas de ellas y con el agua se limpiaba el cadáver.

Este ramillete se consumía asimismo en la preparación de diferentes fórmulas de contenido terapéutico. Y los amuletos confeccionados con estas hierbas ahuyentaban a la Dama de Amboto, según pude escuchar a un pastor de Arantzazu.



La mañana de San Juan = San Juan Eguneko goiza /
Juan Garmendia Larrañaga. – En : *San Juan Jaiak 92*
Tolosa. – Tolosa : Tolosako Udala, 1992. – [16] p. : il.
; 21 cm. – P. 15-16. – OC. T. 4, p. 441-444